



Lengua quichua ecuatoriana

José M. Esteban

PREPARANDO EL PASO AL ECUADOR

Machala es una bella ciudad ecuatoriana, capital de una de las provincias bañadas por el océano Pacífico, que no aparece en mis memorias de corte lingüístico por sus indudables parámetros turísticos, ni por el imperio del banano que desde ella se domina, ni por ninguna otra circunstancia distinta de ser la patria chica de dos sencillos seres humanos, que no se conocían y se conocieron solo fugazmente, que yo sepa, que entraron tímidamente en mi vida prendidos con leves alfileres y que dejaron en ella huellas poco profundas pero imborrables.

Hace ya muchos años, en uno de mis habituales viajes por América del Sur tenía prevista una breve estancia en el Ecuador y, de acuerdo con mis costumbres, recabé alguna información previa charlando con la familia y con los amigos. Como era habitual fueron muchas las indicaciones que se me brindaron, algunas muy interesantes y de entre todas un par de ellas sublimes, de las que tomé muy buena nota en lo relativo a nombres, direcciones, teléfonos y a cualquier tipo de indicaciones que me facilitarían la localización de los personajes en cuestión. En dos significativos casos, la localidad de referencia era la misma pues las dos personas descritas vivían en la ciudad de Machala, ciudad

que ha cambiado mucho en los años transcurridos desde entonces, pero en cuya disposición geográfica y en sus actividades fundamentales apenas si ha sufrido variaciones. Otro personaje que a la postre resultó ser un punto de los más importantes de este mi pequeño safari ecuatoriano fue un hombre, en principio águila bicéfala, igualmente habitante de Machala, del que me habló muy encomiásticamente mi frutero del mercado de San Pascual y, por otra parte, y de ahí la bicefalía del sujeto, mi buen amigo Paco, librero de Zaragoza, que mantenía con él relaciones de intercambio de libros, sin que uno tuviera el menor indicio de la existencia del otro, ni mucho menos de las dispares actividades ejercidas por el bueno de Damián Perlado, que así se llama el protagonista de esta breve historia.

Una buena tarde, revisando papeles y tomando café en la casa de Marcelo y Pepita, chileno él y ecuatoriana ella, la conversación derivó hacia la vertiente lingüística lo cual era muy frecuente cuando mi presencia podía influir en algún sentido, haciendo crisis en el justo momento en el que estaba presente la mocita, también ecuatoriana, que no pudo por menos que intervenir, pues estábamos cometiendo el craso error de llamar *quechua* a la lengua aborígen que se habla ampliamente por el pueblo llano ecuatoriano. Con el serio apoyo de Pepita ella puntualizó con firmeza que en su país se habla la lengua *quichua*, que el *quechua*

se habla en el Perú y en otras tierras. Marcelo, hombre de letras y muy versado en cuestiones lingüísticas terció en su favor y como prueba irrefutable se trajo el ejemplar del Diccionario de la Academia de la Lengua que aportó el testimonio definitivo. Así, quedó perfectamente establecido que el *quichua* es una variedad de la lengua *quechua* que se habla preferentemente en Ecuador. La velada terminó, después de varias horas de muy rica conversación, obteniendo la referencia y la dirección de la familia de la muchachita, que permanecía en su país, residiendo en la ciudad de Machala, capital mundial del banano, según se encargó de poner de manifiesto *Lluvirna*, que así se llamaba la chiquita, sin que nadie aclarara en aquella ocasión el origen de semejante nombre, situación muy normal dado el juego del lenguaje tan querido y utilizado por los ciudadanos sudamericanos. Cerré la sesión, quedándome para otra ocasión la petición de explicaciones sobre la etimología de *Lluvirna*.

Pasaba una temporada de vacaciones por España un medio pariente y querido amigo, que había desarrollado su vida profesional en la banca privada, ocupando por aquellas fechas el cargo de director de un banco español en Ecuador, con residencia fija en la ciudad de Quito, ciudad poco recomendable para mis problemas cardíacos debido a su gran altura sobre el nivel del mar, razón importante para procurar disfrutar de su compañía en estas latitudes, más benéficas para mi salud, si bien es cierto que mi buen amigo me dio magníficas referencias para que hiciera ciertas visitas en la ciudad de Cuenca, por otra parte bellísima ciudad ecuatoriana que en todo caso debería visitar, salvando otra vez el grave inconveniente de su extremada altura; pero la visita a Cuenca estaba ya predestinada pues en ella, en su Universidad y en sus amplios círculos culturales transcurrió gran parte de la vida de Luis Cordero, investigador, lingüista, hombre de ciencias y de letras que dejó sus profundas huellas en aquellas tierras y que fue el moderno impulsor de la lengua *quichua*, cuyo diccionario aborígen y español, publicado a finales del siglo XIX, es piedra madre para el actual conocimiento de su lengua. Angel, mi buen amigo, se sentía además especialmente atraído por el Azuay, posiblemente por encontrar allí, a semejante distancia, muchos rasgos que lo identificaban con su *Bierzo* natal; puso a mi disposición la casa que tenía alquilada en las laderas del *Chimborazo*, aún a sabiendas de que sería un peligroso lugar para la supervivencia de mis coronarias.

Pancho era el amigo enciclopédico, el hombre que sabía un poco de todo, bastante de muchas cosas y

mucho de algunas y entre esas algunas ocupaba un destacado lugar la pintura, de la que era un verdadero experto y de la que me descubrió un montón de detalles que yo ignoraba, entonces y después también. Pero las cuestiones que más me interesaban eran las relativas a las lenguas aborígenes y a los habitantes autóctonos que las hablaran y entonces Pancho me descubrió la existencia de un gran pintor ecuatoriano, nada menos que la de Oswaldo Guayasamín, prácticamente desconocido en España por aquellas fechas, aunque su trayectoria artística era enormemente importante, hasta el punto de que aquel mismo año, año de 1971, acababa de ser elegido Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Por alguna razón cuyo manejo solo él conocía, Pancho disfrutaba de tener amigos por todas partes y de mantener su amistad viva por lo que hablando de quien fuera, daba la impresión de haber comido con él ayer. Eso exactamente ocurrió con Guayasamín, precisamente estaban citados para verse en Guayaquil dentro de unos pocos meses, para recoger unos lienzos con los que el pintor le obsequiaría. Naturalmente me dio toda clase de referencias y de coordenadas y, sobre todo, me proporcionó la referencia de Benjamín, que se consideraba hermano y ejercía de adorador del que calificaba de genio de la pintura y de gloria de Ecuador; Benjamín residía habitualmente en Quito y su trabajo fundamental era de taxista, al servicio de Guayasamín siempre que fuera necesario y, naturalmente, muy amigo de Pancho, como pude comprobar al cabo de unas pocas semanas.

Estos fueron algunos de mis contactos, desde luego de los más fructíferos, sin olvidarme de los que mis conocimientos de la Universidad me proporcionaron, especialmente entre los químicos de la Universidad de Loja con los que mantenía frecuente contacto epistolar además de algún conocimiento personal, como el disfrutado con ocasión del pasado congreso habido en Buenos Aires hacía un par de años, sobre Nomenclatura y Formulación, en el que el ecuatoriano Profesor Andrade jugó un importante papel tanto en las sesudas sesiones científicas como en las más lúdicas incursiones por la Boca y por la Costanera, en las que lució por sus conocimientos lingüísticos en los dominios químicos, pero también en los del quechua, del quichua y en los complicados vericuetos bonaerenses que por allí se conjugan.

PASAMOS AL ECUADOR

Sin írseme de la memoria los avatares del *paso del Ecuador* celebrado años atrás en mi vieja Facultad de

Ciencias, cuando la amiga Natalia hubo de renunciar a la dignidad de madrina a causa del fallecimiento de su abuela, habiendo de ser sustituida por la popular cantante de entonces *Rosa Morena*, que cumplió con su papel a las mil maravillas; aquel paso del Ecuador transcurrió juvenil y desenfadadamente con cantos y bailes, con mucha comida y bastante alcohol y con el punto culminante de una fiesta de vaquillas celebrada en la placita de la vieja y ya hace mucho desaparecida Escuela de Tauromaquia ubicada en las proximidades de Las Ventas, recuerdos que vinieron en tropel conforme el avión se aproximaba al aeropuerto de Quito, en donde tomó tierra sin novedad al anochecer de un lluvioso día de la incipiente primavera de 1971.

Un aeropuerto sudamericano, mucho más por aquellas fechas, se parecía muy poco a uno europeo en los usos y costumbres de las diferentes maniobras, en la enorme aglomeración de gentes diversas, en el pequeño comercio que se ejercía sin parar y en mil detalles más, sobre todo en las operaciones de salida, pero las de llegada también eran bastante confusas, pese a la experiencia de la que ya disponía uno, con lo que la simple bajada del avión con un par de bolsas ya fue bastante complicada, entre los múltiples chiquillos que se ofrecían para “ayudar” con el liviano equipaje, la gente que ofrecía el cambio de moneda, los que ensalzaban las maravillas de diversos hoteles y pensiones y en general una multitud que incomprensiblemente se encontraba allí, fuera de la línea marcada por el control de la policía de fronteras, campando por sus respetos; esta situación no era ni mucho menos exclusiva de Quito, ocurría de forma muy parecida en muchas de las más importantes ciudades de América del Sur, con la excepción en cada momento de los países sometidos al control de una dictadura militar que, por desgracia, tenía lugar periódicamente en cada lugar; no era el caso en esta ocasión de la República del Ecuador, y la pista de aterrizaje se encontraba llena de “familiares” de la policía, cuyos múltiples miembros les facilitaban el acceso de forma “casual y desinteresada”. Los inconvenientes que causaban carecían de importancia pero no así la para mi extremada altura de la ciudad que, ya desde los primeros momentos ejercía una negativa influencia, impulsándome a la primera barra de un bar en el que pudiera pedir mi primer té de coca, mínimo remedio que ya conocía de otras ocasiones y de otros lugares.

Traspasada la barrera humana no tardé en divisar al amigo Ángel que me esperaba, enarbolando en sus manos una espléndida tetera y una taza con las que

pude anticipar en un buen tiempo la ingestión de la benéfica coca, que atenuó efectivamente los casi tres mil metros de altura de la vieja capital, habitada en el periodo precolombino por la tribu de los indios *quitus*, de donde procede su actual nombre y reconstruida sobre sus propias ruinas por Sebastián de Benalcázar, cuyas coronarias debían gozar de mejor estado. Junto a Ángel sonreía abierta y francamente otra simpática persona que me saludó en nombre de Pancho. La persona en cuestión era Benjamín, al que se le había puesto en antecedentes de mis planes, de mis aficiones, de mis itinerarios... y de mis antecedentes cardíacos; prácticamente, Benjamín no ignoraba nada importante por lo que me hizo sentir confortablemente instalado, sobre todo cuando me comunicó que estaba dispuesto a salir de viaje esa misma tarde.

Recuperado el equipaje, comprado un termo que rellené con la gratificante infusión de coca, fallido el intento de saludar a la familia de Ángel por encontrarse en España y después de concertar citas para Guayaquil y para Cuenca, me puse a disposición de Benjamín para emprender la primera etapa de mi periplo ecuatoriano. Cansado por el viaje y algo agitado por el barullo de la llegada, con mis pulsaciones a niveles demasiado altos me instalé cómodamente en el enorme coche americano que hacía de taxi para Benjamín y mantuve con él una primera y plácida conversación, antes de recostarme, entornar los ojos bajo la incipiente noche, y quedarme profundamente dormido. Desperté varias horas después, y me costó trabajo centrarme y darme cuenta exacta de en dónde me encontraba; lo primero que me saltó a los ojos fue la múltiple, variada y policroma decoración con la que Benjamín había dotado a su amplio y confortable coche, en cuyo centro, cuidadosamente situada en el techo, una hoja de papel, poco mayor que una cuartilla, con una caricatura del propio Benjamín firmada por Oswaldo Guayasamín. Ya se anunciaban las claras del día y muy atrás las excesivas alturas del macizo nos acercábamos plácidamente a las orillas del Pacífico.

PUERTO BOLÍVAR, PLÁTANOS Y LLUVIA

Asomaban las claras del día cuando comencé a des-perezarme plácidamente después de un sueño profundo y revitalizador que aparentemente no fue compartido por Benjamín a juzgar por la enorme distancia recorrida, pero no por el aspecto despierto y desenfadado que ostentaba al desearme los buenos días con la mejor de

sus sonrisas. Habíamos recorrido ya gran parte del camino que nos separaba de la ciudad de Machala y del aldeaño Puerto Caribe, en el que me había citado con el polifacético Damián Perlado que ejercía allí su profesión de bananero, curiosa y raramente compartida con la de librero, desarrollada fundamentalmente en su pequeña librería de Machala y en su emporio del libro antiguo, abierto en la ciudad de Cuenca, cuna de Luis Cordero y remanso de culturas y de saberes. Pero la primera cita era en Puerto Bolívar, pegado a Machala, por entonces separado por muy pocos kilómetros y al día de hoy unido sin solución de continuidad, en el que se mantenía un frenético ritmo con el transporte y acomodo en las bodegas de docenas de buques con mil destinos distintos para distribuir por el mundo una de las principales riquezas del Ecuador: el banano, del que salían cada día un montón de toneladas, aunque no todo el producto de las transacciones pertinentes retornara a su cuna. Todo esto se desarrollaba en la provincia que ostenta el nostálgico nombre de *El Oro*, en recuerdo de la floreciente época en la que los conquistadores españoles revolvían en las entrañas de sus tierras, buscando el inapreciable metal, andanzas de las que aun quedan vestigios en muchas localidades de la región. Otra sabrosa industria muy apreciable es la marisquera, que se traducía en la proliferación de una gran cantidad de criaderos en los que se obtenía sobre todo el camarón, muy apreciado y comercial; además, el comercio local se beneficiaba enormemente de la proximidad con el vecino Perú, con la frontera situada a muy pocos kilómetros, lo cual tenía, y suponemos que tiene, una notable influencia lingüística pues por allí coexisten muy hermanadamente el *quichua* y el *quechua*, aunque la implantación de ambos idiomas es por aquellas regiones bastante limitada, tanto en el sector ecuatoriano como en el peruano.

De todo ello me habló muy ampliamente mi simpático amigo Damián Perlado, cuyos espléndidos plátanos habían dejado huella en el madrileño mercado de San Pascual, rastro que yo seguía por indicación de mi frutero, con gran curiosidad pues su referencia coincidía con la que me aportaba otro gran amigo, librero de Zaragoza, quien también me aseguraba mantener relaciones comerciales con Perlado, pero en este caso con libros antiguos, jeroglífico difícil de desentrañar en la distancia, pero que él me resolvió con una franca sonrisa al minuto de conversación.

Damián Perlado era un conversador único, alegre y simpático, muy divertido ante mi perplejidad por su dualidad libro-frutero, rápidamente me puso al corriente de que, al menos en su caso, “el banano da plata y

el libro la consume”, o sea que dedicándose a exportar plátanos obtenía beneficios más que suficientes como para mantener a pleno funcionamiento dos librerías dedicadas al libro antiguo, una pequeñita aquí, en la ciudad de Machala y otra mayor y más activa en la relativamente próxima Cuenca, a cuya visita me invitó vehementemente, sobre todo al conocer mis inquietudes lingüísticas pues me explicó la gran profundidad que el quichua alcanza en aquella ciudad y la gran figura del polifacético Luis Cordero que allí desarrolló una parte muy importante de su variada actividad.

Damián no tenía ni idea del significado de la palabra *lluvirna* ni como nombre, ni como topónimo o gentilicio, pero muy interesado colaboró activamente en la localización y cita con la señora Luz, madre de aquella muchachita a la que encontré trabajando en Madrid, en la casa de Marcelo y Pepita, de la que obtuve la referencia de su madre, a la que estaba a punto de conocer. Nos encontramos en un chiringuito del puerto, pequeño, sucio, muy concurrido y extremadamente ruidoso, en el que Damián se encontraba como el pez en el agua, gritando desafortunadamente para pedir un café o para emitir cualquier observación; poco después de la hora acordada compareció la señora Luz, jovial y desenfadada, con un aspecto muy juvenil, muy distinto del que yo había supuesto, una vez conocida su hija, cuyos rasgos físicos se adivinaban en la cara de aquella mujer, que bien parecía ser la hermana mayor en lugar de su madre. Perdió un ápice los nervios y un rastro rojo cruzó un instante por sus pómulos al preguntarle por el nombre de su hija, que también allí era raro e infrecuente: *Lluvirna*. Respuesta instantáneamente del fugaz escalofrío repuso, con un deje sarcástico en el rostro, que aquel día en el que nació *lluvirnaba* y, naturalmente, le pusieron *lluvirna*, nombre que no le había hecho ni más feliz ni más desgraciada, pero que sí le había dado un excelente punto de referencia, como demostraba aquella sencilla y amable reunión en la que nos encontrábamos.

El tiempo voló, como siempre que la compañía era tan amena como lo fue aquel día, y bien pasado el mediodía, con Benjamín ya medio dormido y poco menos que muerto de hambre, regresamos a Machala para buscar en dónde comer algo y refugiarnos en el hotel para practicar el sabio rito de la siesta, antes de seguir con nuestras disquisiciones.

GUAYAS Y QUIL, LA REAL PAREJA

Parece ser un hecho histórico que bien merece los honores de leyenda y como tal la tomamos y se la

transmitimos. El Rey Guayas, jefe indio de la región, después de pelear bravamente por los riscos y los valles, después de perder a la mayoría de sus guerreros, después de agotar todas sus reservas, después de apelar a sus dioses, lo vio todo perdido y para evitar caer en manos de los españoles, buscó a su mujer y después de darle muerte dulcemente tomó su cuerpo en brazos y se entregó a las voraces corrientes del río. Este dramático pero sencillo suceso parece ser el origen del nombre de la ciudad, capital de la provincia de Guayas, la mayor aglomeración urbana del país y su corazón económico y comercial.

Situada la provincia al norte de la de El Oro, las distancias son pequeñas, aunque confiamos en que la red viaria haya mejorado un poco en los años transcurridos desde la última visita, y el tiempo empleado por un Benjamín descansado fue bastante breve y muy amenizado por él que en aquel lapso decidió hacerme conocer sus más que rudimentarios conocimientos de la lengua quichua que por aquellas tierras y entre aquellas gentes para él desconocidas, acentuaban su curiosa timidez de la que no me había percatado en Quito ni durante el viaje. Otro importantísimo motivo de anticipado jolgorio era la inminente reunión con su dios particular, el entonces para mí desconocido pero ya una gran figura en su tierra, en la que acababa de ser nombrado presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, razón por la que venía a Guayaquil a departir con las personalidades locales del arte y de la cultura, ocasión aprovechada por Benjamín para, abusando un poco de su amistad y cariño, obtener una cita para el almuerzo del día siguiente y posteriormente continuar con una charla y con visitas artísticas.

Oswaldo Guayasamín, lo más granado y florido que ha producido en el terreno de la cultura y de la hombría de bien un país como Ecuador nació en Quito el 6 de julio de 1919, de padre indio y madre mestiza, en familia muy humilde, en la que el padre trabajaba como carpintero y de la que Oswaldo fue el primero de diez hermanos, que desde muy niño destacó con sus dibujos y pinturas, siendo además un buen estudiante que, venciendo la oposición familiar, consiguió acudir a la Escuela de Bellas Artes de Quito, en la que obtuvo los títulos de pintor y escultor, además de haber realizado profundos estudios de Arquitectura. Benjamín era su hermano del alma, hijos ambos de padres colegas, de la misma edad – cincuenta y dos años por aquel entonces – habían crecido juntos y nunca se habían separado, Benjamín se dedicó plenamente al taxi, obtenido con un generoso crédito del Banco Ibérico,

otorgado por el primo Ángel, gran amante y conocedor del arte y especialmente de la pintura, engarzándose en aquel punto las cadenas de amistades de las que yo me estaba ahora beneficiando. Guayasamín contaba ya por entonces con la amistad de Fidel Castro o de Gabriel García Márquez, por citar dos ejemplos significativos, además de ser un personaje muy popular y solicitado; pues bastó la petición de su casi hermano para que fuera así de generoso al conceder un tiempo a un desconocido extranjero, y encima español, que decía *latinoamericano*, palabra que nunca más volví a utilizar, después de la amable reprimenda del bueno de Oswaldo, reprimenda que voy a describir.

El encuentro entre mi taxista y el Presidente de la Casa de Cultura no fue del tono que convencionalmente se hubiera esperado: cayeron cada uno en los brazos del otro fervorosamente, amorosamente, dictándose sentencias como si hiciera diez años desde su último encuentro, cuando realmente se habían despedido hacía tres días.. y de verdad no era una escena montada en mi honor. En mi honor sí fue la densa e íntima tarde que me hicieron disfrutar, comenzando con la reprimenda en cuestión que no fue sino una diatriba francofoba a propósito del término *latinoamericano* que yo utilicé un par de veces hasta que suave y cariñosamente me recriminó que alguien tan amante de las lenguas y de los orígenes, alguien que se buscaba la compañía y el consejo de un pintor indio poco versado, adoptase una palabra que el afán francés de protagonismo mundial había reclamado para incluir a Francia en la denominación so pretexto de haber contribuido a la formación de aquella importante sección del mundo “colonizando” Haití. Aquello duró un suspiro, finalizado el cual aseguré al mundo que no volvería utilizar sino el término *iberoamericano*, rindiendo el debido tributo a España y Portugal.

En algún momento dado, Benjamín miró con poco disimulo a su reloj, provocando que yo también lo hiciera iy eran las nueve de la noche! cuando el abrazo del encuentro había tenido lugar a la una del mediodía. Parecía mentira que tan grata reunión, en la que se habló de mil cosas y preferentemente de lenguas, de arte y de química, hubiera consumido ocho horas, tiempo que, a buen seguro, Guayasamín no le concedía a un Jefe de Estado o a un magnate del arte, aunque sí lo hacía, y Benjamín lo atestiguaba, con sus amigos y con los amigos de sus amigos. Han pasado muchos años desde aquella tarde, tantos que Guayasamín falleció, en 1999 con casi ochenta años de edad y con una vida repleta y solidaria, de la que todos

podemos aprender. Comenzando con la creación de la Fundación Guayasamín, a la que donó su inmensa obra para contribuir al patrimonio de los pueblos. En 1971 no sabía de su existencia, pero a partir de entonces todo fueron noticias a cual más agradable; fue miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, nombrado en 1978, de la Academia de Artes de Italia y de tantas otras; su prestigio dio muchas vueltas al mundo, aunque su fama no fue tan trascendente probablemente por su consciente alejamiento del comercio de la pintura y del arte en general. Si se realiza una pequeña encuesta en Madrid, entre gente supuestamente culta, gente que acude a exposiciones y a determinados eventos culturales, gente que cada domingo se lee los suplementos culturales de los periódicos, gente que frecuentemente toma un avión ¿cuántos de ellos saben que el gran mural que figura en el aeropuerto de Barajas desde 1982 es una de las grandes obras de Oswaldo Guayasamín? Y en agosto de 1988, muy antes del formidable revuelo mediático del momento actual, criticando o defendiendo la política exterior norteamericana, entrega al Palacio del Congreso de Ecuador otro gran mural para el salón de sesiones, que se inauguró en la toma de posesión del Presidente Rodrigo Borja; en este mural figura una viñeta en la que la calavera de un guerrero cabalga ostentando en su casco las siglas CIA (este mural provocó una enérgica protesta yanqui). Pero en las horas de aquella plácida conversación nada de esto había sucedido aun y los principales tópicos barajados se centraron sobre todo en los orígenes y en la actualidad de la lengua quichua, con vehementes consejos para mi inminente visita a la ciudad de Cuenca que, entre otras muchas peculiaridades ostenta la de ser casi la patria chica de Luis Cordero, que nació en San Bartolomé de Déleg, provincia de Azuay en 1833, pero que desarrolló gran parte de su actividad intelectual en la Universidad de Cuenca, desde la que su bilingüismo alcanzó muy brillantes cotas.

Fue una tarde realmente inolvidable de la que un brevísimo resumen sería decir simplemente que había conocido y tratado a un hombre. Con esto y un par de paseos por la alegre ciudad de Guayaquil, viendo y conociendo a sus variopintas gentes, variadas en los aspectos étnico, lingüístico y formal, variadas en sus nacionalidades y en sus ropas, variadas en sus caras y en sus pies, cerramos la jornada; la cara de Benjamín ya reflejaba cual era su objetivo inmediato por lo que dimos la jornada por terminada, con mucho sueño y con muchos sueños recién despertados.

CUENCA Y LA PROVINCIA DE AZUAY

No es Ecuador un país demasiado grande en extensión, aproximadamente ocupa poco más de la mitad de la superficie de España, pero su abrupta orografía, atravesado por su mitad, de sur a norte por la tremenda cordillera de los Andes, hace que, como en cierto modo ocurre en España, la variedad de paisajes y de climas sea muy grande y muy pronunciada; a lo largo de pocos kilómetros uno puede pasar de la playa a los cinco mil metros de altura, como ocurre entre Sierra Nevada y las playas granadinas. También ocurre que las provincias son de relativa pequeña superficie y por ello Machala, Guayaquil y Cuenca, que son capitales de sus respectivas provincias, El Oro, Guayas y Azuay, se encuentren bastante próximas, las primeras bañadas por el océano Pacífico y Cuenca en un valle en plena cordillera a la para mí excesiva altura de más de 2.500 metros, con un censo de cerca de trescientos mil habitantes.

Así que bien provisto de un enorme termo rebosante de te de coca, más un enorme racimo de verdes hojas de tan benéfica planta, iniciamos de mañanita el viaje que más se parece a una escalada, subiendo desde el nivel del mar hasta los desaforados metros de la bendita ciudad. Al día de hoy, Cuenca figura como ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad, categoría que le fue concedida en 1999, pero desde mucho antes, desde siempre, los ecuatorianos la consideran la ciudad más bonita del país y desde luego lo es, es una de las más bellas ciudades del mundo. Fundada en 1557, es actualmente sede de un obispado y de dos universidades, conservando un peculiar aspecto colonial; está situada en el viejo camino real que unía Cuzco con Quito durante el periodo precolombino, cerca de la antigua Tomebamba, de la que se conservan algunas ruinas, y está cruzada por cuatro ríos que la adornan y la fertilizan.

El casco más antiguo es una cuadrícula de calles semejante a la conformación en *girones* de la ciudad de Lima y entre ellas la de Luis Cordero y en ella, frente a la Catedral vieja, la preciosa librería *Tomebamba*, ocupando un espacioso local en el que se exponían multitud de especímenes bibliográficos muy diversos pero con especial dedicación a las obras de la gloria nacional que fue Luis Cordero, quien llegó a ocupar el cargo de Presidente de la República en 1892 durante un periodo de cuatro años, además de haber sido muchos años diputado por Azuay, y haber fundado el

periódico *La voz del Azuay* desde el que se manifestó prolíficamente en materias políticas; sin embargo la actividad política no fue en nuestra opinión la más importante del doctor Cordero sino la lingüística, la cultural y la intelectual; de todas sus actividades una buena muestra se exhibía en los bien cuidados anaqueles de aquella librería, diamante de la corona de Damián Perlado quien, muy sonriente y gozoso, nos esperaba con los brazos muy abiertos y la ilusión desbordante al decir el ceremonioso saludo *chayarighuan raminacuy* en pura lengua quichua.

Al pasar al enorme salón, me resisto a llamarle tienda, una humeante tetera delataba su benéfico contenido que Damián, ya conocedor de mis gajes, me ofreció sin dilación; después, paseando por el recinto, cada vez que nuestra atención se fijaba en un libro o un documento, una amable y bien documentada personilla de los varios muchachos y muchachas, impecablemente limpios y ataviados con lo que me parecieron ropas típicas de la región, se acercaba para ofrecer la descripción detallada del objeto del que se tratara; varias horas transcurrieron, bien señaladas por las campanas de la vecina catedral, revisando infolios y palimpsestos (perdón por la inadecuada irrupción latina) que en su conjunto ofrecieron una visión mucho más que superficial de la historia de aquellas tierras, incluido el periodo prehispánico, de su lengua y de sus costumbres; naturalmente, el festejo se finalizó “a la española”, con un escogido y exquisito ágape ofrecido por Damián, cuyo plato principal fue una *fanasca*, que es un plato típico allí en viernes santo, pero que pensó era una comida distinta y atractiva para un español. Y evidentemente así resultó, pues disfrutamos de una deliciosa comida, compuesta sobre todo de pescado variado, acompañado de grano, papas y plátanos fritos, una especie de zarzuela de pescado, con toques tropicales, verdaderamente deliciosa. Damián, hombre sensible y detallista, para dar una imagen más vívida de la gastronomía de Cuenca, había ordenado se dispusieran en la mesa contigua a la nuestra una variedad de platos típicos, bien cocinados y dispuestos para su consumo, pudiéndose contemplar un cuy a la brasa, chicharrones de cerdo, truchas asadas, sopa de quinua (palabra que procede del quichua y que identifica a una planta cuyas hojas jóvenes conforman una excelente sopa), maíz cocido y aderezado de muy diversas formas y unos dulces de magnífico aspecto, muy parecidos a los buñuelos. No pude resistirme a sacar de mi cartera una botella de *Cardenal Mendoza*, que también recibió mil honores.

No quería yo abandonar la ciudad sin haber palpado algo del ambiente artesano que ya en aquellos

tiempos había traspasado de largo las fronteras y era bien conocida, al menos su existencia. Según los expertos locales, la feria se realizaba los jueves y el mercado los sábados, por lo que siendo martes el día en cuestión se nos auguró un cierto fracaso, pero para un observador imparcial, Cuenca es una feria y un mercado universales y omnipresentes pues en el más pequeño rincón se encuentran las mil y una grandes y pequeñas maravillas que las cuidadosas manos de estos celestes artesanos son capaces de elaborar. Haría falta una privilegiada memoria y un dominio más profundo del quichua para poder ofrecer una pequeña reseña con el resumen de todo lo allí visto; lo que más me impactó fue encontrar la cuna del sombrero de Panamá que, en contra de mi indocumentada creencia no es originario del país centroamericano, sino de Cuenca, de donde al parecer eran muchos de los trabajadores que colaboraron en la construcción del Canal de Panamá y que portaban estos sombreros, dando lugar al origen erróneo del nombre. Por lo demás es un empeño bastante inútil intentar resumir lo que es la artesanía en la Cuenca ecuatoriana, baste decir que se confecciona con todos los colores, todos los materiales, todos los tamaños y toda la infinita imaginación de aquellos hombres y mujeres que viven orgullosamente en la ciudad que es para ellos la Capital Cultural de América, y si bien hay otras muchas dignas de elogio y respeto, esta es, como mínimo, una de las más importantes y significativas.

LOJA, LA IUPAC Y ANDRADE

La provincia de Loja es la más meridional del Ecuador, linda con Azuay y con El Oro, al norte y al oeste, con la de Zamora Chinchipe al este y con el Perú al sur y al oeste; la provincia es más que conocida en el mundo por la longevidad de sus habitantes; a unos treinta kilómetros de su capital, también llamada Loja, se encuentran los valles de Villacamba y de Malacatos, donde se dice que las enfermedades del corazón no existen y la vida media es más larga de lo normal, registrándose un gran número de habitantes centenarios. Loja disfruta igualmente de un clima ideal, casi primaveral en gran parte del año lo que la hace más y más apetecible; me lo han tratado de explicar sociólogos, metereólogos, filósofos, economistas, hombres de negocios, banqueros y zahoríes, pero ninguno ha conseguido darme razones objetivas de porqué el nivel de vida en general es superior en Milán que en Nápoles,

en Bilbao que en Almería o en Loja que en Quito o, a nivel mundial, porque en el hemisferio boreal esta tendencia evoluciona de norte a sur y en el austral lo hace de sur a norte; nadie me lo ha explicado bien, pero se demuestra “empíricamente” sin ninguna explicación, así pues, es evidente que en Loja se vive mejor, en líneas generales que en el resto del Ecuador, aunque en muchos sentidos esta opinión puede ser subjetiva. Con el lógico subjetivismo rabioso, los lojanos, orgullosos de su ciudad, conocen a fondo su bastante complicada historia, presumen de que sea de las más antiguas del país (fundada en 1548) y la adornan con los adjetivos de poética y musical. De la poesía pasada y actual poco podemos decir, sobre todo por falta de información, pero la querencia musical se respira por las calles, leyendo los carteles anunciadores de los múltiples eventos, acudiendo a las iglesias a las horas de celebración de los diversos oficios o simplemente paseando por las calles y dejándose atraer por los sonos que emanan de cualquier esquina, entonados por niños, por adultos o por ancianos, parados en cualquier lugar, subidos en alguno de los mil templetos preparados para recibir a los coros, a las bandas de música o a las orquestas sinfónicas que por allí pululan sin cesar; el folclore de la región es muy rico, muy variado y en constante recreación; para un lojano, la música es una forma de expresión consustancial con su manera de ser y con su propia existencia. Junto a todas estas circunstancias, no sería justo omitir la extraordinaria calidez de la hospitalidad de este pueblo generoso, para el que el mero hecho de ser forastero es un timbre de gloria que se festeja íntimamente.

Pero el verdadero motivo de esta visita se centraba en encontrarnos con Mario Andrade, profesor de la Universidad de Loja, con quien pasé muy buenos ratos en Buenos Aires años atrás, con ocasión de un Congreso Internacional de la IUPAC; el profesor Andrade, Mario sin ceremonias, y yo teníamos más de un nexo, por un lado la química y por otro el afán por la búsqueda de raíces lingüísticas allá por donde nuestra vida discurriera, así que la IUPAC, *International Union of Pure and Applied Chemistry*, dedicada a diversas cosas pero fundamentalmente a establecer las reglas universales del *Lenguaje Químico*, o sea a “hablar en químico”, era un lugar muy adecuado para nosotros y además, como asociación internacional muy viva, propiciaba con gran frecuencia la realización de interesantes viajes por todo el mundo, como en el que coincidimos en la interesante ciudad de Buenos Aires, con algún orden del día químico que no viene al caso, pero con un lenguaje *porteño* y otro *lunfardo*, amén del *aymara*

y de alguno más casi extinguido. Pero conmigo en la ciudad, fue imposible reprimir la furia “anfitrionaria” de Mario que montó un programa de festejos capaz de rellenar un mes de actividades normales. El primer acto consistió en un desayuno a la ecuatoriana, mejor dicho a la lojana, en el comedor de profesores de su facultad; un desayuno normal en casi cualquier lugar de Sudamérica está mucho más cerca del de Londres que del raquíptico café con el que malempezamos el día muchos madrileños, un *chinzhi* lojano es un festival de frutas y jugos, de pequeños dulcecitos y de bocaditos salados y con un cortejo de *chinzhichina*, que más que camareeros son alegres comparsas cuya finalidad no parece ser otra que el procurar que el comensal disfrute de su desayuno, cosa que logran sin demasiado esfuerzo.

El laboratorio en el que Mario impartía sus enseñanzas disponía de unos enormes ventanales que prácticamente hacían que la naturaleza pululara entre probetas y tubos de ensayo y entre una multitud de notas escritas en quichua y en castellano, con observaciones, instrucciones y esbozos humorísticos; era evidente el ambiente amable y distendido que se respiraba entre aquellas paredes, aunque no muy sensibilizado en términos de lenguaje químico con la norma ya en vigor, pero poco o nada seguida todavía en España y por lo que acababa de ver, tampoco en Ecuador, y el objeto del desafío era un simple frasco cuya etiqueta decía: ClNa, sencillo cloruro sódico escrito con el anión delante en lugar del NaCl prescrito por la IUPAC. Nada más se necesitaba para perseguir cariñosa pero vehementemente al bueno de Mario, que no encontraba palabras para disculparse.

La tarde la dedicamos a la música, empezando por quedarnos boquiabiertos al escuchar a un hombre muy joven que acompañándose con un elemental instrumento de cuerda que por allí se llama *carpincho* entonaba la ya legendaria canción andina *El cóndor pasa*, con letra seguramente escrita por él mismo, cantaba apoyado en la pequeña fuentecilla que adornaba una mínima plazuela por el centro de Loja; paseando por calles estrechas con casitas bajas de aspecto colonial, que de alguna forma recordaban nostálgicamente al sevillano barrio de Santa Cruz, llegamos a una plaza a la estaba acudiendo bastante gente, gente joven que se iba agrupando alrededor de un hombre alto de aspecto simpático que repartía unos papeles entre los que iban llegando, que echaban un vistazo y quedaban en posición de aparente espera, hasta que un imperceptible gesto de Mario al hombre alto indujo a todos a colocarse en formación de un coro y se dispusieron a cantar,

bajo la dirección del susodicho hombre alto, leyendo los papeles que les había distribuido, que no eran sino partituras de las piezas que se disponían a entonar; fue un concierto coral, aparentemente improvisado, maravillosamente ejecutado, con música andina y letras en quichua de difícil comprensión, aunque una de ellas, parte de la cual transcribo, no es ni más ni menos que una fábula de Samaniego:

Ishcay huarunga chuspimi,
mishquita mutquish, shitarin;
chayan; millpun; chaymanataca,
llutarish, mana jatarin.

Luego, durante el resto de la tarde, pudimos comprobar que nuestro improvisado concierto no había sido el único, por calles y plazas circulaban alegres grupos que a la menor señal rompían a cantar, sobre todo al ver a Diego, que era el “hombre alto”, amigo y compañero de Mario, que se nos había incorporado, y que gozaba de buena fama musical entre la juventud local. Al caer la noche, la tenue iluminación de las casas, el cálido rumor de la música en todos los rincones, algunos traguitos de *pisco* y delicados bocados de *ceviche* nos transportaron a una atmósfera casi irreal, en la que se mezclaron los efluvios lojanos tangibles con recuerdos intangibles de otras noches y de otras tierras, con sones andaluces o cubanos, con la *samba* carnavalera de Río de Janeiro, con la nostalgia del *Goico mendiyan* cantado en la playa de *Laga* a la luz de los candiles. Un día más, otro más distinto de los anteriores y previo a otros que esperábamos también distintos a todos.

EN ECUADOR, EL ECUADOR Y EN QUITO, EL ADIÓS

El nombre de Quito es el de una de las tribus, *quitus*, que habitaban la región en la época precolombina, bajo el dominio de los Incas, siendo la ciudad la capital norte del imperio. El jefe Rumiñai destruyó la ciudad, en 1533, para evitar su caída en manos de los conquistadores españoles y fue comenzada a reconstruir apenas un año después por Sebastián de Benalcázar que la refundó con el nombre de San Francisco de Quito, según había sido previamente dispuesto por Diego de Almagro, que cumplía órdenes de Francisco Pizarro, directamente dependiente de Carlos I de España y V de Alemania, dando a la nueva ciudad la típica estructura de *castrum* procedente del Imperio Romano. A mediados del siglo XVIII, los científicos y geógrafos

Jorge Juan y Antonio de Ulloa determinaron el punto exacto de latitud cero, punto en el que figura actualmente un sencillo monumento que recuerda la circunstancia; el lugar se encuentra a solo unos veinticinco kilómetros de Quito.

Pero este efímero periplo no tenía objetivos geográficos ni históricos, simplemente libreros, lingüísticos y de relación, por lo que al llegar a Quito, etapa ecuatoriana final, era la hora de hacer un sucinto análisis, de no maltratar demasiado a unas débiles coronarias y de conocer las últimas noticias aportadas por el observador imparcial afincado en Ecuador, el banquero Ángel, bancario según corregía él constantemente, que desde su atalaya observaba atentamente todo lo que a su alrededor acontecía, desde su casa o su despacho en la ciudad, o desde su casa de las laderas del Chimborazo, palabra quichua que quiere decir *montaña de nieve*, en la localidad de Riobamba, lugar al que de ninguna manera quise acudir.

Efectivamente, Ángel empezó a recorrer todos los epígrafes dignos de mención, tocando la economía y las finanzas, los deportes y los espectáculos, incluyendo las corridas de toros a las que era muy aficionado y de las que podía disfrutar en las ferias anuales de Quito cada mes de diciembre en el aniversario de la fundación de la ciudad, la política y el permanente trasiego de cargos y autoridades, la meteorología, la situación sanitaria y los “ecos de sociedad”, de todo lo cual estaba muy al día y todo lo seguía con el interés del “experto en asuntos generales”, que es el colmo de la especialidad; al mismo tiempo, cambiamos impresiones sobre los problemas bercianos que mucho nos interesaban a ambos y, después de la más que cordial y casi fraternal despedida a Benjamín, que volvía una vez más a su casa después de haberme servido de guía y de infatigable conversador en todo el apretado recorrido y antes se despedía de mí hasta la próxima ocasión en la que nuestros hados se cruzaran, Ángel propuso dar un tranquilo paseo por la noche quiteña, tanto o más atractiva que el día y con los mismos revuelo y aglomeración callejeras que en pleno mediodía.

La remodelación del centro histórico de Quito ya estaba en marcha, pero aún faltaban unos años para que la UNESCO la declarara Patrimonio Cultural de la Humanidad, acontecimiento que tuvo lugar en 1978, y las obras de derribo y recreación de lugares como los accesos a la Iglesia de Belén, la calle del 10 de agosto, o la inenarrable calle Mejía estaban apenas comenzadas por lo que se podía disfrutar de las ventajas y también de algunos inconvenientes de la formidable bara-

húnda que allí se tenía montada, de día y de noche, por la inmensa multitud de gente que venían a vender, a comprar, a tomar unos tragos o simplemente a ver y a oír.

Ángel era persona muy conocida en la ciudad y difícilmente se podían dar diez pasos sin dar un saludo o una frase amable, pues una característica del pueblo ecuatoriano, apreciada no solo en Quito sino a todo lo largo y ancho del país, es su carácter apacible, dado a la relación y lejos de la confrontación, siempre amable y sonriente, ofreciendo su mejor rostro sobre todo al individuo de apariencia extranjera, procurando y de hecho consiguiendo que uno se encuentre enseguida como en su propia casa. Alguien que me presentaron como un compañero de trabajo, nos invitó a tomar (ojo, tomar en Ecuador significa beber alcohol sin límites) unos *roncitos* en la cantina de su compadre situada junto a la Iglesia de San Francisco y hacia allí nos dirigimos, no sin antes especificar que *tomar* significaba tomar un trago de ron o un té de coca sin más dibujos y con mucha conversación.

La majestuosa casa de Ángel, situada junto a otra iglesia, la de La Merced, nos acogió ya cerca de la media noche, cansados y yo fatigado, con los ánimos justos de descansar hasta el día siguiente, y así encontrarme en el aeropuerto antes de las doce del mediodía, para tomar el vuelo regular hacia Caracas, mi siguiente destino. Y en el desayuno, cambiando las últimas impresiones de mi fugaz, pero absolutamente plena de experiencias y conocimientos, estancia en tierras ecuatorianas, nuestra atención se fijó en la figura de Luis Cordero, la persona que a mí se me antojaba ser el eje sobre el que pivotaba la moderna vigencia del quichua y que para Ángel era nada menos que un político honesto. Luis Cordero, que nació en San Bartolomé de Déleg, en la provincia de Azuay, en 1833, pasó su infancia en el campo, en la hacienda familiar y entre estudios elementales y juegos infantiles se hizo perfectamente bilingüe, con el castellano como lengua materna y el quichua; se inició pronto en la vida pública así como en la cultural, poniendo su intelecto al servicio de ambas, perteneciendo a la Real Academia Española y a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, que se fundó en 1872 por Juan Luis de Mera y Pedro Fermín Cevallos, puso en marcha el periódico *La voz del Azuay*, viajó, habló y escribió, llegó a ser Presidente de la República, pero para nosotros, su obra cumbre monumental fue editada en 1892, con el título de *Diccionario de la lengua quichua que se habla actualmente en las comarcas del Azuay, de la República del Ecuador, por*

Luis Cordero, Miembro correspondiente de la Real Academia Española y Presidente de la República de Ecuador. Tomo I. Parte quichua-castellana. Cuenca, abril 6 de 1892. Este libro, uno entre los muchos que escribió sobre el mismo tema, ha sido, y es, piedra fundamental en los estudios sobre las lenguas precolombinas y sobre todo de la lengua quichua, constituyendo un pilar del *Proyecto de Educación Bilingüe Intercultural*, cuyos promotores produjeron una reedición en Quito, en 1989, edición en la que se apoya sólidamente el vocabulario extractado que figura al final de estas líneas.

El tiempo vuela, tanto más veloz cuanto más placentero y así ocurrió en esta brevísima estancia en el Ecuador, cuyo agradable recuerdo va indisolublemente unido a los ecos de una lengua que permanece, llena de poesía, en las gentes y en las tierras de un entrañable país:

Hasta siempre, adiós,
Ricunacungacama.

SUCINTO VOCABULARIO

- achachay*. ¡Qué frío!
- achalay*. ¡Qué bonito! ¡Qué lindo!
- achig*. Luminoso, claro, resplandeciente.
- agalla*. Especie de gancho de madera utilizado para alcanzar frutos que se encuentran a mayor altura.
- agchacaray*. Agarrar a alguien por los cabellos.
- agllashca*. Seleccionado, elegido, escogido.
- agllu*. Tartamudo.
- ahuag*. El que teje, tejedor.
- ahuana*. Tejer. Verbo de gran uso en los antiguos textos, dada la extraordinaria importancia del tejido en la artesanía, especialmente en la región del Azuay.
- ahuashca*. Tejido.
- alaunishca*. Exclamación de fuerte dolor, alarido.
- allana*. Cavar, excavar.
- allcu*. Perro.
- alli*. Bueno, bondadoso, docto, sano; en general cualquier adjetivo aplicable a persona o cosa que indique bondad, buena calidad.
- alliana*. Comenzar a curarse, convalecencia.
- allirigchag*. De buena presencia o aspecto, bien parecido, de buen porte.
- allpa*. La tierra, el país, la región.
- allpayug*. Dueño de tierras, hacendado.
- ama*. No, exclamación con el sentido de prohibición.
- anacu*. Prenda de vestir, como una manta que se enrolla a la parte inferior del cuerpo.
- ancha*. Mucho, demasiado, excesivo; si es un enfermo, gravedad máxima.
- anguna*. Azotar, flagelar.

- anguyag.* Relativo a plantas, marchitarse.
anta. Cobre.
antachagra. Mina de cobre.
anyay. Enfado.
apana. Embestida de un animal.
apandi. Gemelos.
apu. El jefe, el que manda.
apushqui. Ascendiente, antepasado.
apuy. Soberbia, fatuidad.
aqui. Suegra, madre de la pareja.
ari. Sí.
arinina. Dar el sí.
arana. Bañarse, darse un baño higiénico.
ashalla. Poco (adverbio de tiempo o de cantidad).
asi. Risa.
asiri. Sonrisa.
asnag. Maloliente, fétido, hediondo.
aspi. Rasguño, arañazo.
astaum. Más.
atina. Vencer, ganar, prevalecer.
atupa. Viejo, decrépito,
auca. Guerrero; también bárbaro, salvaje.
aucana. Pelear, combatir.
auqui. Señor.
aya. Cadáver, muerto, difunto.
ayahuanu. Las andas sobre las que se transporta un cadáver.
ayapambana. Cementerio.
ayayana. Morir.
aycha. Carne.
ayllu. Pariete.
ayushca. Dícese del cornudo, del marido de la mujer adúltera.
azhan. Estar en posición de decúbito supino, boca arriba.
batu. Basto, grosero, tosco, rudo, zafio.
batucara. De piel gruesa o dura.
bizi. Ternero, becerro.
bugzu. Ruin, despreciable, pequeño.
bunga. Especie de moscardón.
buti. Pequeño, pigmeo.
caca. Peña, roca.
cacay. Envío, remesa.
cachacacha. Centella.
cachag. Remitente, el que envía.
cachana. Remitir, mandar, enviar.
cachapurig. Alcahuete, celestina.
cacharina. Soltar, liberar.
cachca. Tan, tanto.
cachi. Sal.
cachichurana. Salero.
cachiyacu. Salmuera, disolución saturada de sal.
cacuna. Fregar, frotar.
cag. El que es, el que está, el que existe.
cahuitu. Alacena, armario.
calchag. El que siega el maíz.
callamba. Hongo.
callana. Tiesto, maceta.
callari. Principio, comienzo de algo.
callma. Rama, del árbol o de cualquier otra cosa.
callpana. Correr.
callpay. Carrera, corrida.
calug. Comida mal cocinada.
cama. Hasta. Se coloca como sufijo de nombres o verbos formando una sola palabra, por ejemplo, *cayacama*, que quiere decir *hasta mañana*.
camana. Mandar, ordenar, disponer.
camari. Obsequio, regalo.
camashca. Mandato, disposición, orden.
cambag. Tuyo.
camchana. Tostar.
cami. Insulto, provocación, murmuración.
can. Tú, usted.
cana. Ser, estar, residir.
cancha. Cerramiento, empalizada, cerco, recinto cercado.
canchis. Número siete.
cancuna. Vosotros, ustedes.
canhuan. Contigo.
canman. A tí o para tí, a usted o para usted.
canmanta. Por ti, por usted.
canzha. Fuera, afuera.
capag. Brillante, lozano.
capari. Grito, alarido.
caparina. Gritar.
capina. Exprimir, sacar el jugo, ordeñar.
cara. Pellejo, piel, corteza.
carachu! Interjección: ¡caramba!
carana. Poner la comida, dar de comer.
carcuna. Despedir, expulsar, echar.
cari. Valiente, esforzado, potente, robusto.
caru. Lejos, lejano, distante.
caruray. Alejarse.
casana. Helar, congelar.
cascu. Pecho.
cashá. Espina.
casi. Quieto, sosegado.
caspana. Chamuscar, soasar.
caspi. Palo, tronco, cosa rígida y dura como la madera.
castuna. Mascar, masticar.
cata. Manta, cobija, frazada.
cati. Persecución, seguimiento.
catipi. Enseguida, inmediatamente, en algunos lugares como Ecuador *ahorita*.
catu. Mercado, lugar donde se vende algo, como sufijo indica que se vende lo que dice el nombre, por ejemplo *machca-catu* es venta de harina.
catuy. Venta.
caupuy. Confección de hilo.
causana. Vivir, habitar.
causay. Vivir, la existencia de personas, de animales y de plantas.
caya. Mañana.
cayllapi. Aquí, muy cerca.
cayna. Ayer.

- caypag*. Algo que es posible, algo que se puede hacer.
caypi. Aquí.
chabul. Mariposa.
chaca. Puente.
chacuy. La tala de árboles.
chaglla. Varejón, vara estrecha y larga, que se utiliza en carpintería y en la construcción.
chahua. Crudo, sin cocinar.
chamburu. Árbol frutal, de la familia de las papayáceas.
chanchu. Cerdo, puerco; palabra muy utilizada en el lenguaje actual, predominantemente castellano.
changa. Pierna, muslo; también falda y asimismo regazo.
chapra. Broza, hojarasca y ramas secas, combustible para el encendido de braseros o estufas.
chaqui. La parte inferior de un árbol, de una montaña o de cualquier otra cosa de tamaño apreciable.
chaquimaqui. Persona robusta y bien constituida, de buen tipo.
chaquishca. Seco.
chari. Pues.
charqui. Cecina.
chasqui. Recepción, recibo, antiguamente el correo de los incas.
chaupi. El medio, la mitad de cualquier cosa.
chaupipunzha. Mediodía.
chaupituta. Medianoche.
chay. Adjetivo demostrativo: ese, esa, eso, aquel, aquella, aquello.
chayana. Llegar, arribar.
chayay. Llegada.
chayug. Rico, poderoso.
chican. Distinto, extraño, separado, ajeno.
chichi. Duende, espectro, aparición, fantasma.
chihuilla. Rico bocado consistente en un tamal de maíz envuelto en sus hojas.
chilca. Pequeño arbusto en el monte bajo.
chimbana. Vado de un río, también vadear.
chingana. En las fiestas de un pueblo, tenderete que se monta para la venta de comestibles y bebidas.
chingay. Pérdida.
chipi. Pestaña.
chipina. Pestañear.
chiriachina. Enfriar, también cosa fría o enfriada.
chirinchi. Escalofrío.
chiru. Orangután.
chishi. La tarde.
chuchi. Pollo.
chuchu. Leche materna, también mama, teta.
chugcha. Cabellera.
chuglla. Cabaña, choza.
chugllu. Choclo, mazorca de maíz.
chullachaqui. Cojo, que le falta un pie.
chullarigra. Manco, que le falta un brazo.
chumay. Borrachera, cogorza.
chumu. Embriagado, ebrio, borracho.
chun. Tranquilo, silencioso.
chunga. Número diez.
chungana. Jugar, echar a suertes.
chunlla. Cautelosamente, silenciosamente, sin meter ruido.
chunu. Fécula, almidón.
chupa. El rabo, la cola o el extremo final de algún objeto.
chuqui. Lanza, rejón.
churacug. Altivo, pendenciero.
churanacuna. Pendencia, riña, pelea.
churichig. El que engendra, el padre.
chusco. Número cuatro.
chuspi. Mosca, mosquito.
chutana. Tirar, estirar.
chuya. Limpio, terso, impoluto.
chuyashungu. Persona buena, limpia y clara, sin doblez.
chuza. Delgado, enteco.
cucha. Lago, laguna.
cuchi. Puerco, cerdo.
cuchicama. Porquerizo, cuidador de cerdos.
cuchuna. Cortar.
cuchupi. Cerca de, junto a.
cuichi. Arco iris, efecto de la reflexión de la luz en las superficies de los lagos.
cullcu. Tabla, tablón.
cullqui. Dinero, moneda.
cumu. Jorobado.
cuna. Pluraliza un nombre, un pronombre o un verbo colocándolo como sufijo, por ejemplo, de runa, el hombre, *runacuna*, los hombres.
cunan. Ahora.
cunay. Consejo, amonestación, reprensión oral.
cunga. Cuello, pescuezo, garganta.
cungana. Olvidar.
cunguri. Rodilla.
cunuchina. Calentar, abrigar.
cuny. Calor, abrigo.
cunyana. Arder, quemarse entre llamas.
curpa. Bola, objeto esférico.
cusa. Marido, esposo.
cusacana. Novio.
cusana. Asar.
cushi. Alegría, contento, regocijo.
cusni. Humo.
cutana. Moler.
cutichina. Devolver, restituir.
cutina. Regresar, volver, estar de vuelta.
cuyana. Amar.
cuyay. Amor, afecto.
cuyuchina. Mover.
cuyug. Móvil, lo que se mueve.
cuzha. Nido.
dali. Paliza, azotaina
diajo! Interjección como idiante! ¡idiablos!
ducu. Árbol muy común en los montes subandinos.
gachusapa. Cornudo.
garua. Llovizna muy fina, como el *sirimiri*.
guimiguimi. El crepúsculo.
guzhgui. Peonza, trompo, perindola.

- guzu. Charca, ciénaga.
 huaca. Sepulcro de los indios aborígenes.
 huacana. Llorar.
 huacay. Llanto, gemido, grito.
 huacaychina. Guardar, y muchas palabras derivadas, como estar de guardia o guardar con mucho cuidado.
 huachana. Parir, también germinar.
 huachay. Parto.
 huachu. El surco o la hilera de plantas de una sementera.
 huagcha. Pobre, sin recursos.
 huagnina. Ladrar.
 huagnishca. Ladrido, también ladrado.
 huagra. Buey, toro, también cuerno.
 huagracama. Ganadero.
 huagtana. Golpear.
 huagtay. Golpe, porrazo.
 huahua. Niño, criatura animal.
 huahuayug. Mujer con hijo, hembra animal con su cría.
 huallpa. Gallina, peyorativamente cobarde.
 huallu. Cántaro, ánfora.
 huaman. Gavilán.
 huambra. Niño, jovencito, persona de corta edad.
 huambu. Embarcación.
 huambuna. Nadar, flotar.
 huanacu. Animal muy similar a la llama, también grueso poncho de lana utilizado en las alturas de la sierra.
 huanca. Palanca.
 huancar. Tambor.
 huandu. Parihuelas, camilla.
 huangu. Rueca.
 huanu. Abono, estiércol, puede ser el origen de la palabra castellana guano.
 huanuna. Defecar, también abonar los campos.
 huañuna. Morir.
 huañushca. Muerto, difunto.
 huañuy. Muerte, fallecimiento; también la extinción de un foco de luz.
 huapina. Gorjear.
 huaracana. Lanzar una piedra o algo parecido con una honda.
 huaranga huaranga. Un millón.
 huaranga. Número mil.
 huarmi. Mujer, esposa, animal hembra.
 huarmicana. Novia.
 huasca. Cuerda, sogá, cable.
 huasha. Espalda, lomo, la parte trasera de cualquier cosa.
 huashpi. Muchachita inquieta y traviesa.
 huasi. Casa.
 huata. Año.
 huatana. Cabo de año, hace un año de cualquier cosa.
 huatug. Hechicero.
 huauyu. Lujuria.
 huaylluy. Cariño, ternura.
 huayra. Viento.
 huichay. Cuesta, pendiente, subida.
 huichaycuna. Subir, trepar.
 huichcana. Cerrar, encerrar.
 huigsa. Vientre, barriga, tripa.
 huillay. Aviso, noticia, comunicación.
 huiñay. Nacimiento, crianza.
 huiqui. Lágrima.
 huira. Manteca, aceite, sebo, unto; también gordo.
 huishlla. Cuchara.
 huistuna. Torcer.
 icha. Quizá, tal vez.
 ichuna. Hoz, instrumento para cortar la hierba.
 igma. Viudo.
 iguana. No requiere traducción, es el reptil anfibio, de color verde que se encuentra en algunas zonas de América Central o del Sur.
 ili. Persona débil, cosa muy endeble.
 illapa. Relámpago, rayo, disparo de arma de fuego.
 illay. La no existencia, la inesperada ausencia de algo.
 imalla. Algo, alguna cosa, cualquier cosa.
 imashuti. Aquel, aquella o aquello cuyo nombre no recuerdo.
 imasti. Éste, ésta, esto, utilizados cuando uno no recuerda el nombre de a qué o quién se refiere.
 imatag. ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Qué quieres?
 inga. El idioma llamado quichua.
 inti. El sol.
 iñiña. Crecer.
 iqui. Herida leve, rasguño.
 iscu. Cal.
 iscun. Número nueve.
 ishca. Número dos.
 ishpana. Defecar, orinar.
 ishpapuru. Vejiga.
 ismana. Excrementos.
 ismu. Podrido.
 izhi. Neblina, bruma, llovizna.
 jaga. Brillante, luminoso, resplandeciente.
 jagua. Lo de arriba, la parte superior, la parte externa.
 jahuana. Lavar.
 jahuapi. Arriba, la parte superior.
 jahuayana. Subir.
 jalug. Árbol con madera de buena calidad.
 jambatu. Rana, sapo.
 jambi. Curación, remedio, medicina, también el que cura.
 jambina. Curar.
 janagman. Hacia arriba.
 janagpi. En la parte de arriba.
 janyay. Bostezo.
 japichina. Prender fuego.
 japina. Coger, asir, reclutar, requisar.
 jarca. Obstáculo, prohibición, embargo.
 jarcana. Estorbar, prohibir, embargar.
 jatarina. Levantarse, izarse.
 jatun. Grande, de tamaño más que apreciable.
 jaucha. Ensalada, salsa.
 jayana. Agrio, amargo.
 jaycapi? ¿Cuándo?
 jaylli. Victoria, triunfo.
 jaytay. Patada, coz.

- jazha*. Mandíbula, quijada.
jichuna. Abandonar, desamparar.
jilli. Caldo.
jillpuna. Embudo.
jillu. Golosina.
jincana. Clavar, remachar, introducir un clavo o algo semejante.
jizi. Risueño, que ríe con facilidad.
jucha. Pecado, culpa, delito, crimen.
juchallina. Pecar, delinquir.
juchayug. Pecador, delincuente.
jucuchina. Mojar, humedecer.
jucushca. Mojado, húmedo.
jumbina. Sudar.
junda. Lleno.
juru. Inclinado, cabizbajo, con la cabeza “gacha”.
jutcuna. Agujerear, taladrar.
juybibish. Bella ave de la familia de las zancudas.
juynina. Silbar.
lalacu. Expresión de felicitación: Albricias, enhorabuena.
lamana. Madrastra.
layaya. Padrastro.
laychu. Mestizo; es un insulto que los indios dedican a los blancos.
llachapa. Andrajo, trapo.
llagllana. Azada, azuela, hacha.
llagta. País, región, provincia, comarca.
llagtacuyag. Patriota, amante de su país.
llaguana. Lamer.
llambu. Liso, terso, pulido.
llambuchina. Pulir, alisar.
llamingu. Carnero de los Andes.
llancana. Trabajar.
llancay. Trabajo.
llandu. Sombra, umbrío, oscuro.
llapchina. Aplastar.
llapi. Tacto.
llaqui. Pena, tristeza, consternación.
llashana. Pesar (referido al peso de una cosa).
llatana. Desnudar.
llausa. Baboso, viscoso.
llautu. Diadema, guirnalda, corona.
llica. Tela.
lliglla. Mantilla.
llipiana. Brillar, resplandecer.
llipig. Seda.
lliquina. Romper, rasgar.
lliullu. Relámpago.
llucana. Gatear, andar a gatas.
lluchcana. Resbalar.
llugchina. Sacar.
llugshina. Salir.
llulla. Mentira, engaño; también mentiroso.
llullana. Mentir.
llullu. Tierno (de textura).
llunzhina. Barnizar, enlucir, untar.
lluqui. Zurdo, la mano izquierda.
llustina. Desollar, desnudar.
llutashca. Embarrado.
loria. La aurora, el alba.
macana. Pegar, castigar; también arma contundente.
macanacuy. Pelea, combate.
machana. Emborracharse.
machashca. Borracho, ebrio.
machay. Cueva, caverna, madriguera.
machca. Harina de cereales.
machu. Anciano, viejo, decrepito.
mallina. Tomar un bocado, probar algo.
mallquina. Plantar.
mamacucha. El mar.
mana. No.
manaima. Nada, ninguna cosa.
manajaycapi. Nunca, jamás.
manchana. Temer, recelar.
manchay. Temor, susto, recelo.
mangana. El oficio de alfarero.
manta. Por, porque, a causa de.
mañana. Pedir.
mañari. Petición, solicitud.
mapacuy. Menstruación.
maqui. Ramo, puñado, haz; también mano.
marca. La palabra procede probablemente del latín y, añadida a un topónimo, le da el nombre de provincia o comarca.
marcagmama. Madrina de una ceremonia.
marcagtayta. Padrino de una ceremonia.
marcashca. Ahijado.
masha. Cuñado, concuñado.
mashcana. Buscar.
mati. Calabaza; también frente.
may. Muy, mucho, excesivamente.
maycampish. Cualquiera, quienquiera.
mayllana. Lavar.
maytu. Pañales, vestiduras de un bebé.
mayu. Río.
mayua. Morado, violeta.
michig. Pastor.
micuna. Comer, también comida.
millana. Aborrecer, odiar.
millay. Odio, aborrecimiento, asco, repugnancia.
millma. Lana.
millpuna. Tragar.
mirachina. Aumentar.
misa. Avaro, tacaño, mezquino.
misha. Verruga.
mishqui. Azúcar, miel, dulce, almíbar.
mishquishimi. Zalamero, seductor.
misi. Gato.
miticuna. Huir, esconderse, fugarse.
muca. Moho, orín.
mucashca. Oxidado, enmohecido.
mucha. Beso, ósculo.
muchana. Besar.
mugmu. Yema, brote.

- mulana. Afilar.
mullpa. Carcomido, apollillado.
munana. Desear, querer, consentir.
munay. Deseo, permiso, voluntad.
muscuna. Soñar, delirar, concebir algo disparatado, desvariar.
musuna. Miseria, carecer de lo imprescindible.
musuy. Hambre, escasez, padecimiento.
mutquina. Oler.
mutuna. Mutilar, trincar, embotar.
muyu. Bola, pelota, objeto redondo.
muyuna. Rodear, dar vueltas.
muyushca. Rodeado, circundado.
nanachina. Herir, lastimar, causar heridas.
nanana. Doler.
nanarina. Compadecer, condoler.
nasti. Cesto, canasto.
nayana. Desear, apetecer.
nina. Decir, hablar, expresar.
ninacuru. Luciérnaga.
ninamuru. Brasa, ascua.
ninapata. Horno, fogón, hogar.
niqui. Partícula que se añade al nombre de un número para transformarlo de cardinal en ordinal, por ejemplo *shugni-qui*, que quiere decir *primero*.
nishca. Supuesto, presunto.
nuyuna. Remojarse, inundarse.
nuyuy. Inundación, mojadura, remojo.
ña. Ya.
ñaca. Antes, hace poco.
ñacarina. Afanarse, trabajar duramente, padecer.
ñacashca. Odiado, aborrecido, maldito.
ñagchana. Peinar.
ñahui. Rostro, semblante; también ojo; y también yema o brote de un vegetal.
ñami. Ahora, ya es hora, ya es tiempo.
ñan. Camino.
ñañu. Amigo, confidente.
ñañuyana. Adelgazar.
ñatu. Chato.
ñauca. Ciego.
ñaupa. Antes, en otro tiempo.
ñaupagpi. Delante, por delante.
ñaupana. Adelantar.
ñaupapachapi. En otros tiempos, antiguamente.
ñitcana. Tropezar.
ñitina. Oprimir, aplastar.
ñuca. Yo.
ñucapag. Mío.
ñuñu. Pezón; también nodriza.
ñuñuma. Pato.
ñuñuna. Mamar.
ñusta. Princesa.
ñutcu. Cerebro, sesos.
ñutuchina. Pulverizar.
ñutulla. Blando, suave.
paca. Ingle.
pacacuna. Escondite, escondrijo.
pacana. Esconder.
pacari. El amanecer.
pacha. Comarca, región; también época.
pachacamag. Dios, el ser supremo, la providencia.
pagcha. Fuente, surtidor, manantial.
pagrauma. Calvo.
pagta. Perfecto, cabal.
palta. Es el árbol del aguacate.
palti. Entarimado, tablado para una actuación.
palu. Lagartija.
pamba. Suelo, tierra, llanura.
pambana. Enterrar.
pambay. Entierro, inhumación.
pandana. Errar, equivocarse.
panday. Desierto, yermo.
panga. Hoja.
paqui. Roto, quebrado.
paquina. Quebrar, romper.
paramuna. Lloviznar.
parana. Llover.
parcuna. Regar.
pasag. Número cien.
pascana. Hostería, posada.
pasña. Niña, muchacha.
pasu. Viudo.
pata. Loma, cerrillo plano.
patarina. Doblar, plegar.
patpa. Ala, pluma.
paucarpacha. Primavera.
pay. El.
paya. Nido.
paypaylla. Vago, indolente.
pi. ¿Quién?
pichana. Barrer; también escoba.
pichca. Número cinco.
pichi. Rojo, escarlata, carmesí.
pichuri. Hijo primogénito.
pillu. Tramposo, pícaro, fraudulento.
pingana. Avergonzarse.
pingay. Vergüenza.
piña. Bravo, enojado, enfadado.
pipi. Pene, miembro viril.
piqui. Pulga.
pirca. Pared, tapia, muro, cerca.
pishcu. Gorrión, en general pájaro pequeño.
pishi. Corto, escaso, pequeño.
pishishungu. Cobarde, apocado, pusilánime.
pishiu. Pupila, niña del ojo.
pitilla. Un pedacito, una porción minúscula.
pitina. Cortar, partir, dividir.
puchca. Hilo, hebra.
puchcana. Hilar.
puchucana. Acabar, concluir, consumir.
puchuna. Sobrar.

- pucuna*. Madurar.
pucuyana. Enrojecer.
pugllana. Jugar.
pugllay. Juego.
pugru. Hueco, hoyo, depresión.
pungacama. Portero.
pungu. Puerta, entrada, puerto (acceso entre montes).
punguina. Hincharse.
punzha. Día.
puñu. Cántaro.
puñuna. Dormir.
pura. Oscuro, tenebroso.
purina. Andar.
puru. Hueco, vacío.
pusag. Número ocho.
puscu. Espuma.
pushana. El que conduce o guía a una o a varias personas.
puyu. Nube, niebla.
puzun. Vientre, barriga, el estómago de los rumiantes.
quechua. Lengua de los Incas, extendida por ellos a todo el imperio, y por los misioneros católicos a otras regiones, hoy países.
quichincha. Hollín.
quichqui. Estrecho, angosto.
quichua. Lenguaje procedente del imperio peruano, que hoy día se conserva en zonas de la sierra ecuatoriana y en alguna comarca de descendientes de los incas peruanos; no está clara su etimología y aparece aquí en homenaje al profesor Luis Cordero y en atención al impulso que le ha dado al sistema educativo ecuatoriano.
quichua. Variedad de la lengua quechua que se habla preferentemente en Ecuador, sobre todo en la zona del Azuay.
quichuna. Quitar, arrebatar.
quihua. Yerba, pasto.
quihuapamba. Prado, dehesa.
quihuina. Torcer, retorcer.
quilla. La luna.
quillay. Hierro, en general los metales.
quillca. Carta, en general cualquier escrito.
quillcana. Escribir.
quillma. Gracioso, conversador ameno.
quillu. Amarillo.
quimlla. Pestaña, párpado.
quimsa. Número tres.
quindi. Colibrí, picaflor.
quingu. Tortuoso, sinuoso.
quinguna. Torcer.
quipa. Posterior; también caracol marino.
quipayana. Atrasarse.
quipayay. Atraso, demora.
quipu. Nudo.
quiquin. Igual, idéntico, el mismo.
quirpana. Cubrir, ocultar, tapar.
quiru. Pieza dental, diente, muela.
quiruaycha. Encías.
quirullugchig. Dentista, antiguamente sacamuelas.
quishpi. Diamante.
quishpichina. Libertar, redimir, indultar.
quisipra. Ceja.
quiti. Zona, provincia, comarca.
racu. Grueso, basto.
racuyana. Engrosar, engordar.
rag. Partícula que colocada a continuación de un verbo o de un adverbio significa *todavía* o *aún*.
ragra. Rendija, abertura, raja.
randi. Compra.
randina. Comprar.
rapi. Hoja.
raquina. Separar, apartar.
rarca. Acequia, surco de riego.
rasu. Nieve, nevada.
ratapa. Trapo, andrajo, remiendo.
raurana. Arder, escocer.
ricuchina. Mostrar, señalar.
ricuna. Ver.
ricunacushun!. Interjección de despedida: adiós!, hasta la vista!.
rigchachina. Despertar a otros.
rigchag. Parecido, semejante.
rigcharina. Despertarse.
rigra. Brazo.
rigraucu. Sobaco.
rigsina. Conocer.
rimana. Hablar.
rimay. Idioma, lengua, lenguaje.
rina. Ir.
rinalla. Huésped, transeúnte.
ringri. Oreja, oído.
rumi. Piedra.
rumishungu. Cruel, despiadado.
rumpa. Bola, esfera.
rundu. Granizo.
rupachina. Incendiar, quemar, inflamar.
rupay. El sol, su luz y su calor.
rurray. Trabajo, labor, ocupación.
rurru. Testículo, criadilla.
rutuna. Trasquilar, esquilar.
sacha. Bosque, arboleda, selva, extensión cubierta de árboles.
sagmana. Abofetear.
sagmay. Bofetada.
sagra. Tosco, torpe.
sama. Paladar.
samana. Descansar.
samay. Descanso.
sambayachina. Suavizar, ablandar.
sami. Felicidad, dicha, ventura.
sangu. Espeso, denso.
sangurachi. Planta.
sansa. Débil, desfallecido, vacilante.
sansaliana. Vacilar, tambalear.
sañu. Teja.
saquina. Dejar.

- saquirina. Quedarse.
 sara. Maíz.
 saruna. Pisar, hollar.
 saruy. Huella, pisada.
 satina. Meter, introducir.
 sauna. Almohada, almohadilla.
 shagshu. Indiscreto, parlanchín, frívolo.
 shamugpacha. El porvenir, la vida futura.
 shamuna. Venir.
 shayana. Estar de pie, pararse.
 shaycuna. Cansarse.
 shillu. Uña, casco de animal.
 shimi. Boca, abertura.
 shipas. Concubina.
 shitashca. Abandonado, desamparado.
 shitina. Tirar, arrojar.
 shua. Ladrón.
 shug. Número uno.
 shulla. Escarcha, rocío.
 shulluna. Abortar.
 shungu. Corazón.
 shushuna. Cribar, cernir.
 shuti. Nombre, apellido, denominación de cualquier cosa.
 shutuna. Gotear, filtrar.
 shuyana. Esperar.
 shuycuy. Cansancio, fatiga.
 shuyu. Sucio, manchado.
 sica. Barbilampiño.
 sicana. Subir, montar, cabalgar.
 sinchi. Fuerte, duro, resistente.
 singa. Nariz.
 singuna. Rodar.
 sipina. Ahorcar.
 sipuna. Arrugar.
 siqui. Nalga, posaderas.
 siquipata. Cadera, rabadilla.
 sirana. Coser.
 sircuna. Sangrar.
 sisa. Flor.
 sisana. Florecer.
 sisu. Sarna, lepra.
 situna. Resplandecer.
 sogta. Número seis.
 suchu. Tullido, paralítico.
 sucuyana. Encanecer.
 sumag. Hermoso, bello.
 sumagyana. Embellecerse.
 sungana. Chupar, sorber.
 suni. Largo, extenso.
 suniyachina. Alargar, prolongar.
 supay. Malo, maligno.
 surcuna. Sacar.
 ta o tag. Como partícula pospuesta a nombre o adverbio da a las diversas palabras distintos significados, como la preposición a, la forma verbal es o el adverbio precisamente.
 taba. Maraña, enredo.
 tacana. Golpear.
 tacarpu. Estaca.
 tagllay. Palmada.
 tagshana. Lavar la ropa.
 tallina. Derramar.
 tambu. Posada, hostería.
 tamia. Lluvia, aguacero.
 tamiana. Llover.
 tanda. Pan.
 tandachina. Reunir, recoger, colectar.
 tandarrurrag. Panadero.
 tangana. Empujar.
 tangay. Empujón.
 tapuna. Preguntar, inquirir, indagar.
 taqui. Música, canto.
 taquina. Cantar, tocar un instrumento.
 taripana. Averiguar, inquirir.
 tarpuna. Sembrar.
 tarpuypacha. La temporada de siembra.
 tatquina. Marchar, andar acompasadamente, dar unos pasos.
 tauna. Bastón, muleta.
 tayta. Padre.
 tiana. Haber, existir, quedar.
 tiarina. Sentarse.
 tica. Adobe.
 tigllana. Manchar.
 tigní. Pulso.
 tigpana. Descascarar, abrir las vainas de las legumbres.
 tighzina. Castigar con mucha severidad.
 tili. Tacaño, mezquino.
 timbug. Fuente termal, agua que hierve.
 timbuna. Hervir, borbotear.
 tingui. Unión, inserción, juntura.
 tinri. Enano.
 tipishca. Mazorca deshojada.
 tispina. Pellizcar.
 titi. Estaño, plomo.
 tiu. Arena.
 tucana. Escupidera.
 tucuchina. Acabar, concluir, agotar.
 tucuy. Todo.
 tugsina. Estoquear, punzar.
 tugyana. Reventar.
 tula. Antigua sepultura aborigen.
 tullpu. Tinta.
 tullpuna. Teñir.
 tullu. Erial, terreno agrícola estéril.
 tulunina. Tronar.
 tuñina. Derrumbar.
 tupuna. Medir.
 tupuy. Acción y efecto de tomar una medida.
 turi. Hermano, en relación con su hermana.
 turu. Lodo, barro.
 tushug. El que baila desenfrenadamente; el que patalea encolerizado.
 tushuy. Baile.

tuta. La noche.
tutamanta. De mañana.
tutapacha. De noche cerrada.
tutapunzha. Noche y día.
tutuna. Canturreo con el que se induce al sueño a un niño; cantarle una *nana* a un niño.
tuzu. Amilanado, triste, enfermizo.
uchilla. Niño, pequeño, corto.
uchupa. Ceniza.
ucu. Habitación, aposento, cuarto.
ucucha. Ratón.
ucucharana. Enaguas, ropa interior femenina.
ucupi. Dentro, debajo.
ugllay. Abrazo, también el gesto de la gallina cuando empolla a los polluelos.
ujuna. Toser.
ujuy. Tos.
ullu. Pene.
uma. Cabeza, la parte superior de un árbol, de un monte o de cualquier otra cosa.
umana. Engañar, embaucar.
unanay. Retraso, demora, tardanza.
unanacha. Bandera, estandarte.
ungug. Enfermo.
upiana. Beber, bebida.
urapi. Abajo, la parte inferior de casi cualquier cosa.
uraycuna. Bajar, descender.
urmachina. Derribar a persona o cosa.
urmana. Caer.
uru. Araña.
urunguy. Avispa.
usiy. Bonanza, sequía.
usuy. Abundancia.
utca. Pronto, presto, sin dilación.
utcu. Algodón.
uyana. Oír, escuchar, atender.
yaca. Casi.
yachachina. Enseñar.
yachacuna. Aprender.
yachana. Saber.
yacu. Agua.
yacunayana. Tener sed, estar sediento.
yacuyachina. Derretir, desleir.
yahuar. Sangre.
yallig. Sobrante, excedente.
yallina. Exceder.
yanandi. De nuevo.
yanapana. Ayudar, auxiliar.
yangapurig. Vagabundo, bohemio.
yanta. Leña; también persona o animal muy flaco.
yanuna. Cocinar.
yapuna. Arar.
yarabi. Canción popular india.
yarcay. Hambre.
yari. Pues.
yaycuchina. Introducir, hacer entrar.

yaycuna. Entrar.
yumana. Engendrar, fecundar.
yupana. Contar, enumerar.
yupay. Mucho, demasiado, excesivo.
yurag. Blanco.
yuragyana. Blanquear.
yuyacug. Pensativo, meditabundo.
yuyag. Viejo, anciano.
yuyana. Pensar, suponer.
yuyay. Pensamiento, reflexión.
zagra. Torpe, tosco, áspero.
zhapra. Hojarasca que cubre los suelos boscosos en otoño.
zharpa. Áspero, escabroso, de superficie desigual.
zhirbi. De cabello rizado.
zhiripi. Árbol de madera noble, de la familia de las *miricáceas*.
zhiru. Curiosa especie de cigarra que emite sus sonidos característicos siempre a la misma hora de la tarde, por lo que en tiempos fue utilizada por los indios labradores para dar por finalizada su jornada laboral.
zhu. Sufijo que da a la palabra matiz tierno y cariñoso.
zhuruyana. Picado de viruelas.
zipiyana. Escamarse, agrietarse la piel.
zupu. El que padece la enfermedad denominada *elefantiasis*.

BIBLIOGRAFÍA

- Gramática del quichua, de Segundo Francisco Lema Guanolema, Editorial Abya – Yala, Quito, Ecuador, 1997.
- Diccionario Quichua – Castellano / Castellano – Quichua, de Luis Cordero, Corporación Editora Nacional, Quito, Ecuador, 5ª reimpression de la 5ª edición 2002, la 1ª edición se publicó en Quito, en 1895.
- Amauta Ñanpi, Quillca Catina, Libro de Lectura para los Grados Primero y Segundo de la Educación Primaria Bilingüe Intercultural, tercera edición, Equipo de Educación CONFENIAE, Dirección General de Educación Indígena Intercultural Bilingüe (DINEIIB), Quito, 1991.
- Mushuc Pactachinacui, Nuevo Testamento, Edición bilingüe para los Indígenas del Ecuador, Ediciones Paulinas, Sociedad Bíblica Católica Internacional, Madrid, 1992.
- Catálogo general de la Corporación Editora Nacional, Roca E9-59 y Tamayo, Apartado Postal 17-12-886, Quito, Ecuador.